

Florentino el manisero

Páginas, [1953-05].

Florentino tenía un puestito de venta en la esquina. Vendía maní, sabrosos dulces de coco envueltos en montañas curruscantes de azúcar y caramelos azules, verdes y rojos con estampitas de colorines, de esos que los niños guardan esparcidas en los libros y los cajones.

Vivía en un ranchito del Tiro al Blanco, con su mujer y un nieto de unos siete años. Bajaba tempranito cerro abajo, con su cajón sobre la cabeza y una tijera de madera colgada del hombro, renqueando de su pierna derecha. Estaba siempre en su puesto con la luz difusa del amanecer. Dejaba sus cosas en la puerta de "La Milagrosa", el botiquín de la esquina, y tomaba su cafecito caliente antes de ponerse a trabajar.

Ese día Florentino estaba para las cinco y media en "La Milagrosa". El tiempo se veía un poco húmedo y le dolía la pierna derecha más que de ordinario. Florentino probó todos los remedios que inventaron los demás y hasta algunos que inventó el mismo a fuerza de dolerle la pierna, pero cada vez que amanecía nublado y triste le dolía lo mismo.

– Hoy va a llover, Florentino –le dijo el dueño del botiquín mientras se calentaba el agua para el café.

– ¿Y tú cómo lo sabes, si no tienes reuma?...

– Lo veo en su cara. Tiene la boca un poco torcida. Eso debe ser el dolor. Además, no me ha dado los buenos días como siempre. Los ha dejado caer, como siempre que va a llover. Tampoco ha preguntado por "Sultán", ni lo ha visto venir, y lleva como cinco minutos ahí, moviendo la cola por Ud.

El viejito se sonrió un poco y acarició a "Sultán", un perrote canela y blanco. Después sacó un paquetito grasoso del bolso, lo desenvolvió despacio, cortó un pedazo de pan de su almuerzo y lo puso en la boca del perro: "Anda, que lo demás es para mí"...

– Oye, Jesús –dijo dirigiéndose al botiquinero– ¿y por qué será que este dolor me pone triste?... Y me pone huraño, se me van las ganas de reír... ¿Por qué será?...

– Mire, Florentino, viejo, tómese su café y se le pasará. El dolor pone triste a todos y la alegría hace cantar a cualquiera. Eso lo saben hasta los muchachitos de la escuela. Y Ud. que es un viejito sabio, lo sabe también.. Echese su cafecito padentro, ándele, y verá cómo se le pasa el dolor, que eso es cosa del estómago y de puro cansarse bajando por esos cerros...

– ¡Esto lo que es, es puro ron!... –dijo tosiendo–. A mí no me gusta el ron, me hace daño.

Le puse dos gotitas, no más, pa'que le alegre el estómago. Eso es bueno pa'l frío. Si no fuera por el "calentaíto", en los Andes nos habríamos muerto todos de gripe y porquerías. Usted, que es barloventeño, no sabe de eso.

– Sí que lo sé. Mi Juana es de por allá. Pero aquí, en Caracas, hace daño. Si lo sé yo, que veo tanto borrachito inmundo...

Ya empezaban a llegar los autobuseros, y entre chazas y puyitas inocentes, a Florentino le caían cerca de su taza las lochas y los medio con la promesa de un día bueno.

Después de este primer movimiento de clientes no había mucho que hacer hasta las siete y media. También este aviso era por cuenta del botiquinero:

– Mire, Florentino, viejo, que se le escapan los pájaros...

Los "pájaros" eran los niños de delantalito blanco que desfilaban camino de la escuela. Florentino los conocía por sus nombres. Conocía también a sus mamás y sus tías., porque ese era parte de su negocio de vender: "¿Cómo está, doña Leonor? Hoy va a llover, ¡eh!"

El cajón de dulces y maní se iba vaciando así, lentamente, hasta quedar casi vacío al anochecer.

Ya por la nohecita, Florentino solía recorrer los botiquines del barrio para terminar de vaciar su cajón. Después de descansar durante todo el día, sentado en la esquina, la pierna estaba más ligera y apenas le dolía. Aunque llovió un poquito al mediodía, la tarde había sido buena. Ya a estas horas las quebradas estarían secas, y no importaba retrasarse un poco de noche.

Además, quería vender toditica la caja, porque tenía el proyecto de comprar unas alpargatas para su nieto en la bodega de Jesús María, al pasar. Le quedaba muy poco: "apenas una miajita", como decía él. Y eso era cosa de un cuarto de hora. Eran las seis; para las ocho estaba en casa.

Daban las seis cuando entraba en el botiquín del cumanés. El dueño era compadre suyo. "La Flor de Cumaná" era un botiquincito viejo y un poco sucio, pero siempre estaba lleno. Aquella visita solía ser, generalmente, de remate. Como siempre, cruzó unas palabras amistosas con el dueño del negocio y recorrió los grupos que charlaban ofreciendo su mercancía. El no era de estos que se ponen pesados. A veces murmuraba: "Maní, maní..." y esperaba que alguien se lo pidiera.

– ¡Eh, negro, ven p'acá!...

La voz salió de un grupo que estaba de pie, cerca del mostrador. Florentino, que pasaba cerca del grupo, tuvo un pequeño sobresalto. A él no le gustaba que le llamaran así. Sobre todo que le llamaran en ese tono. Pero se rehizo, y se acercó humildemente: "Maní, ¿quién quiere maní?"...

– ¡Yo quiero maní!... –gritó uno de ellos a su oído, y se le quedó mirando con los ojos pegados a los de florentino– ... ¿qué fue, que parece asustado?...

Florentino recibió un fuerte tufo de ron en sus mismas narices: pero no se movió ni dijo nada.

– ¡El negrito se asustó! –gritó el hombre, y se echó a reír-. ¡No te asustes, negrito, no más fue una broma! –y le dió dos palmadas como dos palizas a Florentino en la espalda-. ¿Cuánto vale ese maní, todo el maní que llevas en ese cajón sucio?... ¿Cuánto, eh?!...

Florentino contó las bolsitas blancas que tenía con un temblor nervioso en la mano:

– Me quedan doce –dijo mirando a los ojos turbios del borracho– valen a locha. Eso hace...

– ¿A locha esa porquería?... ¡No, hombre, antes te quiebro ese cajón inmundo sobre tu cabeza de chicharrón!...

Florentino tuvo el valor de darse media vuelta.

– Mira, negrito, viejo, vamos a hacer negocio... –le gritó el borracho– si me los das a centavo me quedo con todo...

Florentino no volteó siquiera la cabeza. Se fue calladamente hasta el otro extremo de la barra. Sonrió al cumanés, que no se percibió de nada, y quedó acodado al mostrador, haciendo un poco de tiempo para iniciar otro pequeño recorrido.

Tenía que vender su mercancía y marcharse. Eran las seis y cuarto. Un ratito más y se iría. Antes de que cerrara Jesús María el negocio, para comprar las alpargatas del nieto: "Está borracho, se decía; el borracho es cosa puerca y triste. Yo le hubiese querido ver a ese, a ese guapo de botiquín, hace 20 años. Porque entonces yo estaba fuerte, más fuerte que él ahora. Entonces no le hubiese hecho nada tampoco, porque a los borrachos no hay que hacerles caso; pero él no se hubiese atrevido a hablarme en ese tono. Cuando se emborracha, el hombre se vuelve cobarde. Entonces viene aquello de querer demostrar que no lo es, y tiene que decirlo a gritos, tiene que pelear"...

– ¿Cómo va eso, Florentino; te falta mucho?...

– No mucho; un poquito... Otra vueltecita y me voy.

– Dame dos de a locha.

Florentino vendió dos bolsitas de maní al cumanés. Este las guardó debajo del mostrador y siguió conversando con sus clientes. "Me quedan diez, decía para sí Florentino, voy a dar otra vueltecita y me voy". Y echó un vistazo al local. Sus ojos tropezaron con los del borracho, quien le hizo una seña de acercarse. Florentino volteó la cabeza y estuvo quieto un rato. "Otra vez se va a reír de mí, se dijo, y no soy yo ningún juguete de bravucones. Yo no me dejo hacer por nadie, por grandes y guapos que sean. Me llamó negrito, como si fuera un muchachito. Eso es para herirme. Y negro. ¿Por qué me llamó negro? ¿Y viejo!... Todo el mundo ve que lo soy, y no me importa ser negro, ni viejo. Pero me lo dijo por hacerme daño, nada más que por molestarme".

Florentino miró al reloj otra vez. Eran las seis y media ya. Faltaban tres minutos. "Ahora mismo voy a vender esto que me queda". Pero no se movía. Sin casi tener conciencia de ello, sintió que le subía un calor rencoroso por el pecho: "Nada más que por molestarme y por hacerse el guapo. Me llamó negrito. Tú sientes un poco de miedo, Florentino. Miedo de pasar cerca de ese borracho grandote otra vez. Eso es lo que tienes, que no te atreves... ¡que no te atreves!...

– ¿Aún sigues con los diez?...

La voz del cumanés le hizo volver en sí otra vez: "Sí, ahora mismito los dejo ahí"... Y recogiendo el cajón del suelo se metió entre los grupos: "Maní, ¿quién quiere maní?...

– ¡¡Negrito, ven p'acá!!...

Florentino sintió una sacudida en su pierna derecha y se le aceleraron los latidos del corazón. "Tienes miedo, se decía, tienes miedo, florentino". Entonces se volteó bruscamente, se abrió paso atropellando a la gente y se fue derecho donde el bravucón. Se le plantó delante:

– ¡Me quedan diez –le dijo mirándole con decisión a los ojos– y valen a locha!...

El viejito parecía un árbol retorcido y renegrido en un incendio. Pero los ojos le brillaban como faros. El borracho tuvo un momento de indecisión. Después se echó a reír a carcajadas y metió la mano en el bolso, como para sacar el dinero: "Pero no le dijo de pronto –¡ese maní tuyo es muy caro!..."

Florentino apretó los dientes y se volteó, con el cajón todavía en sus brazos. el borracho dió un brinco, metió la mano por encima de los hombros del anciano y tomó dos bolsas de maní; y riendo como un niño se fue a una esquina: "¡Negrito –le gritaba desde allí– a centavo!"...

Florentino no sabía qué hacer. Le veía levantar sus enormes brazos desde el fondo del local, mostrándole las dos bolsitas blancas de maní. Se acordó de los apuros que pasaba Casilda, de las alpargatas de su nieto, de la hora, todo a un tiempo. Entonces la pierna derecha le dió un achuchón nuevo. Y sobrevino una calma terrible. Les sonrió a los amigos del borracho, que también reían de la gracia, y se fue otra vez derecho al otro extremo del mostrador.

– ¿Todavía? –le preguntó el cumanés.

– No, ya los vendí toditos... –y se sonrió otra vez...– Oye, compadre, préstame una navaja o un cuchillo, para pelar una fruta que quiero comer...

Florentino estaba asustado de su tranquilidad. Nunca se había sentido así antes. Recogió el cuchillo de manos del cumanés, hizo como si buscara la gruta en uno de sus bolsos, dejó el cajón en el suelo, y lo guardó en la cintura, debajo de su saco. Volvió a tomar su cajón y miró al grupo. Allí estaba el borracho que le insultó también. Se estaban riendo. Acaso estaban riéndose todavía de él...

Se acercó sonriendo. "¿De dónde sacaré esta fuerza para reírme", decía para sí. Y se dirigió al borracho:

– Mira, vale, el maní es dos lochas... El hombre se enfadó:

Mira, negrito, lárgate, que yo te pagué ya, y no seas sinvergüenza... –y se le acercó para darle un empujón.

El cajón que llevaba el viejito en los brazos se cayó. Al oír el golpe seco, la gente se volteó. Todos oyeron un grito débil que se alargó como un quejido. Ya el borracho estaba en el suelo, al lado del cajón... En el suelo se iba formando un reguero de sangre caliente que se moría sin remedio.